

CINE - RADIO - TELEVISION

por Enrique AMORIM

(Continuación del No del Viernes 22 de Enero)

El mayor alcance (lo sabe muy bien la reacción y por eso lo utiliza con tanta habilidad) el mayor alcance es el de la radio. El virus se filtra a través de los muros. No sería difícil que la televisión lo amenace. Entonces lo veremos apelar a algo más que las bajas pasiones agrandadas en temas sentimentales y cretinizantes. La radio amenazada llegará a darse el gusto en la pornografía. Se amontonaron fortunas millonarias, fomentando todo lo que la letra del mal tango apunta como tema delincuente. La exaltación de las bajas pasiones con su melancolía criminal, con su abatimiento y su pereza, puestas en primer plano sirvieron a la radio el gran plato de sus programaciones. La televisión, cuando no pueda distraer a su auditorio con alguna mentira favorable a la bolsa del gran capital, empezará a introducir en los hogares la exhibición de trajes de baño que las modelos se cambiarán tras de un cortinado o un biombo, para excitar al público. La radio escarbó en la cursilería nocturna, al punto de que antes de acostarse, la burguesía escucha embelesada la palabra del locutor que trata de dormecorle con el potema narcótico envuelto en el celofán de alguna píldora eficaz para el estreñimiento. El arma más directa, la radiotelefonía, dió su gran puñalada al corazón del pueblo. La reacción se cuidó muy bien de tenerla por la mano, de no dejar que por ella se diga sino aquello que favorece a la reacción. Y en los períodos eleccionarios, el micrófono está listo para recibir la carga bestial de discursos ensordeedores sin ningún contenido social. El análisis ama la radio mucho más que el letrado. La reacción lo supo y por ello no deja escapar el instrumento que más daño ha hecho al hombre en los últimos tiempos. "Lo dijeron por la radio", dice el hombre de la calle. Y basta. Como un hilo de pólvora aquella voz recorre las distancias más monstruosas y una mentira lanzada desde Londres o Nueva York, en pocos instantes trastorna al mundo entero. Más aventajada que el cine, la radiotelefonía es el instrumento que mejor maneja la reacción. (Esta y la ametralladora) Las radios españolas explicaron en pocos días, con

su natural gracejo, el porqué del apoyo bélico de los Estados Unidos a Franco y una sola ametralladora puede, parar a miles de obreros que marchan en son de protesta hacia la primera base aérea levantada por los norteamericanos.

Los dos medios de difusión más directos, más poderosos, más capaces de alterar la vida del hombre moderno, han entrado en franca crisis. El cine debe echar mano a la pornografía como último recurso para salvarse, luego de haber ensayado la imbecilización de sus cultores en la "Opera de Caballos", como ellos llamaban a las tonterías del Far West y la exaltación del gansterismo que los llevó a figurar en primera línea como consumidores de la delincuencia mundial. La infancia de los Estados Unidos está viva en el diabólico muchacho que simboliza a toda una juventud trastornada y que, a pesar de haberse casado hace poco tiempo, es un adolescente siniestro y se llama McCarty. El cine yanqui tiene, en el senador gestripista, su más bien perfilado hijo putativo. Solamente el cine puede haberlo engendrado. Radio y cine, en manos exclusivas de la reacción han llevado a crear una mentalidad enfermiza, cruel, que en nuestra presencia entra en su crisis de crecimiento. La aparición de la televisión, que tiene por padre el cine y por madre la radio, nos anuncia una era nueva que no está de más señalar. No son sus padres, por cierto, una garantía. De orígenes corrompidos en la complicidad de la prensa venal, la televisión se presenta ante el mundo con el gran pecado de haber sido detenida, retardada, postergada por el régimen monopolista yanqui. Nos ha demostrado hasta qué punto el conocimiento humano puede presentarse lento, dejarse de una generación para otra, tan sólo para satisfacer al monopolio privado. En otras palabras; no hemos disfrutado antes de la televisión, que en las Olimpiadas de Berlín era un hecho notable, para favorecer al gran capital que aún tenía intereses monopolistas en las inversiones de cine y radio. No se podía matar de un saque a dos industrias por una tercera de avanzada o progresista. Así, algunos veremos el despertar de la televisión cuando se pudo disfrutar de ella desde hace varios años. El régimen de monopolio individual, atrassó su llegada cuanto creyó conveniente. Las argumentaciones de orden técnico, no son lícitas. Se procedió así para salvar los millones de dólares invertidos en cine y radio. Pero el mundo dió, sabiéndas, un paso atrás o detenia su marcha. ¡Pasará lo mismo con la energía atómica!

De este hecho incontrovertible se pueden sacar otras conclusiones que nuestros lectores no necesitan que se las dicte.